

La Novela Film

Núm. 92

30 cts.



El Código Social
por Viola Dana, etc.

LA NOVELA FILM

Redacción / Cortes, 651
Administración / BARCELONA

Año III THE SOCIAL CODE 1927 N.º 92

EL CÓDIGO SOCIAL



Interesante comedia dramática, interpretada
por los siguientes artistas:

Alfredo Genta	Hantley Gordon
Nora Van Buren	Viola Dana
Fernando Gardigan	Malcolm Mac Gregor
Esteban Dickinson	Cyril Chadwick

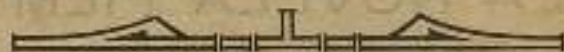
Producción LOEW-METRO

Selección "GALLO DE ORO"

DEL

Programa VILASECA Y LEDESMA

Via Layetana, 53
BARCELONA



EL CODIGO SOCIAL

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Entre las colonias veraniegas de Long Island, ninguna tan seria como la de Willowbrook, la única en que podía encontrarse a gusto un hombre de la rectitud moral del magistrado Alfredo Grant. Este digno funcionario, a la edad en que la mayoría de los hombres casan a sus hijos, contrajo matrimonio con una joven encantadora: la linda y discreta Constancia Van Buren.

El Country-Club de la colonia veraniega era un círculo aristocrático y conservador, muy propio para lugar de esparcimiento de hombres como el juez Grant.

Algunos veraneantes jugaban al golf, mientras otros tenían el polo como su entretenimiento favorito. Un grupo de jinetes y amazonas corría por la extensa planicie del Club.

Había en aquella colonia cierta personilla que se complacía en romper su gris respetabilidad con una nota violenta; era Nora Van

Buren, la hermana de Constancia, una cabecita loca y un corazón de oro.

Amazona sobre su esbelto caballo, arrancó en un violento galope, seguido de uno de los muchachos que la cortejaban, casi un chiquillo, que, a boca de jarro, le brindó una ardiente declaración amorosa.

Pero Nora, riendo con aire burlón al conquistador, le respondió:

—Hoy es día 13, amigo mío; mal día ha elegido usted para declararme su pasión volcánica.

Y espoleando al animal, corrió hacia el grupo de sus amigos, dejando al pobre joven sumido en la desesperación que producen unas soberbias calabazas.

Entre las personas sensiblemente simpáticas a Nora deseollaba Fernando Gardigan, un muchacho atractivo, impulsivo, que por dos veces había sido expulsado del colegio. Sentía por ese joven todas las preferencias de su corazón, niño en amor.

Sofocada por el cansancio de la carrera, con ademán triunfal, Nora propuso a sus amigos:

—¡Vamos a animar un poco esta partida!... ¡El que sea valiente que me siga!

Y asiendo una de las banderitas del golf, emprendió enérgico galope, seguida del plantel de caballeros y amazonas que se complacían en tener como soberana a aquella criatura nerviosa.

La carrera fué tan violenta que puede decirse no quedó títere con cabeza. Mesas y sillas eran derribadas por aquella avalancha

furiosa, y un pobre señor, calvo y grueso, que jugaba mansamente al golf, vino al suelo bajo el paso de aquella juventud alegre. Los criados huían despavoridos y las gentes serias contemplaban con verdadera estupefacción aquella divertida hazaña.

También Alfredo Grant y su esposa padieron presenciar la bromita de la joven, tenien-



La muchacha le miraba con cómica gravedad, y como precisamente el jugador de golf se había colocado bajo la ducha... (Fig. 5)

do duros reproches para ésta. Indignados, abandonaron el Club, reintegrándose a su quinta, pesurados de que Nora no sentara nunca la cabeza.

Cuando los jugadores se causaron de correr y alborotar la mansa paz del Círculo, se apearon de sus caballos, entre alegres risas. Nora y Fernando divertíanse de lo lindo con aquella aventura que consideraban gloriosa.

El señor gordo que había sido derribado por Nora, se acercó para exigir severas explicaciones. La muchacha le miraba con cómica gravedad, y como precisamente el jugador de golf se había colocado bajo la ducha, Nora, asiendo el hierro de la cañería, tiró con fuerza hacia abajo, cayendo sobre la pelada cabeza del buen señor una verdadera lluvia, que acabó de ridiculizarle ante los ojos de la traviesa juventud.

Después de haber concertado el plan de aquella noche, Nora Van Buren llegó a su casa, saltarina y alegre, como si en su corazón cantara un nido de ruiseñores.

Antes de que la alborotada Nora hubiera regresado a la quinta, ya se comentaba su última "aventura". El magistrado, hombre íntegro y severo, no toleraba aquella nerviosa inquietud de Nora. Constanza, como una buena hermana mayor, procuraba disuadir a la chiquilla "las cosas de la edad".

Entró Nora en la habitación y consiguió aclarar el rostro enérgico de su cuñado, abrazándole y mostrándose juguetona con él. La diferencia de edad que los separaba, hacía tolerables estas manifestaciones, y en cierto modo era como un padre para Nora este magistrado implacable en el cumplimiento de su deber.

La nena explicó su hazaña en términos de

elogio y anunció para la noche una nueva aventura.

—Esta noche, para completar la broma, nos haremos todos a la luz de la luna... ¡Lo más poético que se ha inventado!

—¡Ma harás el favor de no llevar a la práctica nada de lo que has dicho! En cambio vendrás con nosotros al baile del Club, donde podremos vigilarte—dijo Alfredo.

—Pero si es una diversión inocente...

—No importa. En Nueva York puedes hacer lo que quieras; aquello es muy grande y no se preocupan unos de otros. Pero aquí, no. Aquí la gente se aburre y necesita para distraerse el aliciente de la murmuración...

Nora intentó protestar, pero fué en balde. Y dirigiéndose a su habitación, escribió esta carta a su amigo Fernando Gardigan:

*Querido Fernando: Mi cuñado se empeña en que vaya al baile del Country Club con él y Constancia, así que queda deshecha nuestra poética excursión a la luz de la luna. Ven tú también, te reservaré casi todos los bailes.—
Nora.*

Aunque se pasaba en Long Island casi todo el día, Fernando Gardigan tenía en Nueva York su pisito de soltero. Long Island distaba unas dos horas de la capital. Encontrábase en su casa aquella tarde y recibió en ella la carta de Nora.

Uno de los bolsillos de su batín enredóse con la cerradura de un cajón de la mesa donde estaba leyendo, y al levantarse, vino aquél al suelo, desparramándose por la alfombra los papeles que contenía.

El criado de Fernando se acercó a recoger los objetos caídos, y el joven, distraído, echando una mirada sobre aquel montón de papeles, cogió al azar un paquete de cartas, atado con una cinta azul.

Paseó la vista por el montoncito de sobres y, acometido por repentina idea, ordenó al criado:

Ve a buscar un mensajero que vaya a Long Island.

Y sentándose a la mesa, escribió esta carta a Constancia Van Buren:

Constancia: Acabo de encontrar en un cajón las cartas que usted en otro tiempo me envió y las cuales me ha pedido varias veces. Esta noche se las llevaré al baile del Country-Club. Haga, pues, lo posible por verme un instante a solas. Le saluda afectuosamente, Fernando Gardigan.

Poco después, el mensajero llevaba la carta a Long Island.



Por la noche, los salones del Country-Club aparecían radiantes. Lo más florido de la aristocracia americana se había congregado en ellos.

Como un cuervo cuyas alas cayeran sobre todo lo más sagrado y noble, rondaba por

los salones del Club, Esteban Dickinson, que era el paladín de ese código social que condena solamente por las apariencias; su periódico que veía la luz en Nueva York bajo el nombre de "Diario de las Noticias" recogía siempre, hinchándolo hasta lo inverosímil, el último escándalo de sociedad.

Pasando ante la Conserjería del Club, observó cómo depositaban en el estante-correo una carta, y acercándose vió que era letra de hombre o iba dirigida a una mujer casada: la esposa del magistrado Grant. Sin que nadie se apercibiera, se apoderó del mensaje y su contenido le sirvió para vislumbrar ya el comienzo de un productivo negocio, a base de *chantage*.

Por el Casino bailaban las parejas al irresistible son de las músicas de cálida armonía. Nora era asediada por una legión de muchachos que acudían a ella, imantados por su mirada brillante. El jovencito que se le declaró una vez, aprovechaba la ocasión de no haber llegado todavía Fernando Gardigan, para comprometer bailes a su enamorada.

El magistrado Grant y su esposa Constancia conversaban con varios amigos, mientras los jóvenes se divertían.

Esteban Dickinson vió llegar a Fernando Gardigan y sin que éste se diera cuenta de que le espían, observó todas sus acciones. Cada socio del Country Club tenía su armario-ropero. Fernando abrió el suyo, dejando en él su sombrero y su abrigo, y luego, como abultara demasiado el paquetito de cartas que traía para Constancia, lo dejó también

en el estante superior del armario. Cerró con llave y dirigióse al salón, radiante en pleno mar de luz y joyas de mágico centelleo... Una sonrisa extraña crispó el rostro antipático de Esteban Dickinson.

Nora, que bailaba con su jovencito enamorado, al ver entrar a Gardigan, le dejó plantado en mitad del salón, continuando el baile con aquél, que era señor de sus pensamientos.

Los amigos rieron ante el "chaseo" que la alborotada Nora había dado al joven, que comentó con envidia:

—Ahora es Fernandito quien está en el candilero... pero pronto lo mandará a paseo... Nora no es mujer que soporte un *flirt* más allá de quince días.

Dickinson apareció en el salón y acercándose a Fernando y Nora, inició unas palabras vulgares de galantería. Pero la muchacha hizo un gesto de desdén, volviéndole despectivamente la espalda. Una sonrisa de indiferencia se abrió en la boca de Esteban, que alejose de allí con arrogancias de hombre seguro de su fortuna.

—¡Qué horriblemente antipático me es ese tipo!—exclamó la chiquilla.

Dickinson entró en el ropero y, dirigiéndose al guardián, le dijo:

El señor Gardigan acaba de decirme que tiene algo para mí en su armario. ¿Quiero hacer el favor de abrirmele?

El criado pareció dudar un momento, pero convencido de que aquella sociedad era incapaz de mentir, abrió la puerta del armario de Fernando.

El periodista sabía que Fernando ocultaba en su departamento alguna botella de alcohol y la buscó, mostrándola luego, con aires de complicidad, al criado.

—¿Me hace usted el favor de traerme una copa?

Mientras el criado se alejaba para cumplir el servicio, Esteban se apoderó del comprometedor paquete de cartas, metiéndoselo rápidamente en el bolsillo.

Cuando el sirviente regresó, Dickinson bebió de muy buena gana, abandonando después el Club, con la satisfacción del hombre que no ha perdido el tiempo...

Transcurrió la noche, plácida y deliciosa. Varias veces, Fernando intentó acercarse a Constanca, pero ésta, ignorante en absoluto de los propósitos del joven, puesto que no había recibido la carta-aviso, seguía hablando con la mayor tranquilidad con su marido y varios amigos.

Nora estaba más bella y fascinadora que nunca. Bromeaba graciosamente con Fernando que quería arrancarle el anillo "sí". Pero ella, coquetaba, con la gentileza de su carácter, sin responder de un modo concreto.

Departaban bajo la sombra del jardín en flor, cuando se acercaron Constanca y Alfredo, diciendo este último a Nora:

—Vámonos ya, mañana por la mañana tengo que levantarme temprano para ir a la partida de pesca...

Fernando, acercándose a Constanca que se encontraba algo apartada, dijo:

—Siento que no haya encontrado usted un

momento de estar a solas conmigo para hacerle entrega de las cartas.

Constancia le miró sorprendida, no adivinando en absoluto a qué hacía referencia el joven.

El señor Alfredo Grant tenía prisa, y despidiéndose todos de Fernando, que regresó a los salones del Club. En una de las mesas jugaban varias personas de edad y sazonaban su diversión con buenas copas de vino. Fernando, al observar que se habían vaciado todas las botellas, fué al armario a buscar la suya que traía siempre a prevención.

¡Júzguese su sorpresa al ver que las cartas habían desaparecido del repeto! En vano tanteó los bolsillos, husmeó los rincones. ¡Qué cosa tan rara! ¿Quién se había atrevido a llevarse aquello?... llamó al criado y le interrogó.

El señor Dickinson fué el que anduvo aquí... Me dijo que le abriese el armario, porque le había dado permiso...

La estupefacción le dejó paralizado. ¡Dickinson, el hombre inmoral, siempre a caza del último escándalo! ¡Ah, el miserable! Adivinó en seguida sus móviles bajos y criminales... Pero no se burlaría de él... Iría a su guarida, a que le devolviese las cartas que afectaban al prestigio y a la honra de una mujer casada.

A la mañana siguiente, el juez Grant sentía el pueril orgullo de que viesen todos que él era un hombre madrugador... Despidióse de los suyos para marchar a una partida de pesca que debía durar varios días.

Y un poco más tarde, desde Nueva York, Esteban Dickinson tenía hacia Long Island los hilos de su telaraña.

En su despacho, ante aquel paquete de cartas, dirigidas por Constanza Van Buren a Fernando Gardigan, sonreía con satisfacción. ¡Los buenos dólares que darían por ellas! Y llamó a Long Island, a la esposa del magistrado, diciéndole:

—Señora, tengo en mi poder ciertas cartas, sin fecha, dirigidas por usted a Fernando Gardigan. ¿No cree usted que serían entretenida lectura para mi periódico?

Constanza volvióse pálida con el color amarillento del miedo. No tuvo fuerzas para contestar. Y oyó aún estas palabras como un mensaje funesto:

—Sólo privaría a mis queridos lectores de tan amena lectura a cambio de una compensación en metálico: diez mil dólares, por ejemplo.

Constanza se horrorizó ante los propósitos de aquel hombre que podrían turbar la paz de su hogar feliz. Fernando Gardigan no tardó, naturalmente, en enterarse de las proposiciones de Dickinson, y después de infri-

tuosas pesquisas para encontrarlo, éstas lo llevaron al fin a cierto Club neoyorquino.

Ardía en deseos de dar al truhán su merecido castigo. ¡Un miserable así, un "chanta-gista" pudiendo arrugar, como un pedazo de papel, la honra de una mujer! ¡Oh, sentía la voluptuosidad de ahofetearle y castigarle!

Después de haberse asegurado de que Dickinson se encontraba en el *restaurant*, entró en él, la mirada centelleante y en los labios un temblor nervioso.

Acercóse a la mesa donde cenaba tranquilamente el despreocupado periodista, y sentándose frente a él, le dijo con voz sorda:

—Sabía que era usted un canalla, pero no le creía capaz de explotar a una mujer...

El otro le miró severamente y contestó:

—Creo que debemos ahorrar palabras. Le esperaba a usted. Exijo diez mil dólares por el rescate de las cartas.

—¿Le daré cinco mil por esas cartas! ¡Ni un céntimo más!

Sacó la cartera, mostrando los billetes. ¡Tenía que reprimirse para no estrangular al infame!

—Puede usted guardarse su dinero, señor mío. Sacaré más publicando ese idilio epistolar.

—No crea que va usted a reírse de mí. ¡Esas cartas volverán a mi poder, aunque tenga que sacárselas de su cabeza de bandido!

—Viene usted muy chistoso esta noche, señor Gardigan...

El camarero, mientras servía las mesas cercanas, escuchaba aquella violenta discusión,

extraña en un sitio donde las gentes sabían reportar sus contrariedades.

—Bueno. No quiero perder el tiempo—continuó Esteban—. ¿Me da usted los 10,000 dólares?

—Cinco mil, ni un céntimo más.

Pues hemos concluido.

Y levantándose rápidamente, salió del



—Sabía que era usted un canalla, pero no le creía capaz de explotar a una mujer.

Clab, tomando un automóvil para dirigirse a su casa. Pero Fernando no quería dejarse arrebatar su presa. Sabía lo que significaban aquellas cartas en poder del malvado y estaba dispuesto a quitárselas, pese a todo. En otro coche siguió al periodista.

Y mientras los dos autos se deslizaban por

el asfaltado negro de la gran ciudad, allá en Long Island, Constanca, la esposa del magistrado, leía en el periódico una gacotilla, que era como una siniestra amenaza:

El "Diario de Las Noticias" empezará en breve a amenizar la vida de sus lectores con el séptimo "caso" de la temporada. Esta vez el caso es interesante, baste decir que hay por medio unas cartas, que son toda una novela de amor.

El automóvil de Esteban Dickinson llegó ante la casa de éste, y acto seguido se apeó del suyo Fernando Gardigan. En la misma puerta, el joven recriminó al periodista su proceder, exigiéndole la devolución de las cartas.

—Ya se lo he dicho. Diez mil dólares.

—Cinco mil.

Subieron por la escalera. En el zaguán, la portera y una fregona les vieron pasar gritando y discutiendo furiosamente.

—Mucho parecen preocuparle a ese señor las cartas que pide—dijo una de las mujeres.

—¡Bah! Esos señoritos gritan mucho, pero no sacan las manos de los bolsillos. No llegará la sangre al río, señora Blasa.

El piso de Dickinson fué abierto por el criado del periodista y los dos hombres penetraron en el despacho.

—Aquí están los cinco mil dólares. Vengan las cartas—dijo Fernando depositando los billetes sobre la mesa-escriptorio.

El periodista intentó aún defender su posición. Pero viendo la actitud decidida de Fernando, pareció acceder a su demanda.

—No quiero discutir más... Voy a entregárselas por la cantidad que quiere...

Esteban Dickinson abrió la caja de caudales, sacando de ella el famoso paquete de cartas. Gardigan, paseando por la habitación, detúvose frente al espejo de un armario, desde donde podía observar, vuelto de espaldas, todos los movimientos del periodista. Así vio cómo Esteban apartaba una de las cartas del paquete, ocultándola rápidamente en el bolsillo. Luego, le hizo entrega de las demás, pero Fernando le increpó:

—Tenga usted la bondad de entregarme la que se ha metido en el bolsillo.

—Yo no he ocultado nada, señor. Aquí están todas.

—No mienta usted. Venga la carta.

—No poseo ninguna.

Fernando abalanzóse sobre él, luchando a brazo partido. Esteban quitóse la carta del bolsillo, estrechándola entre sus manos. Pero Fernando, más joven y fuerte, logró abrir el sobre, apoderándose del escrito y guardándolo a su vez. Y ante Dickinson, impotente, que temblaba de odio, exclamó:

—Otra vez que trate de cometer una estafa, señor mío, tenga en cuenta con la colocación de espejos.

El criado del periodista escuchaba, tras los cortinajes de la habitación, aquel violento altercado.

Rugía Dickinson, viendo perdidos cinco mil dólares. Arrugó el sobre que le había quedado en la mano y lo lanzó al borde de la chimenea...

Fernando se dispuso a salir... Pero el otro, temblándole la voz, le insultó:

—¡Canalla!... ¡Maldito!...

—¿Qué dice usted?—exclamó Fernando con los ojos heridos por la injuria.

—¡Sí! ¡Canalla!... ¡Ladron!...

¡Infame!...

Y fué hacia él, las manos como garfios y los ojos bañados en una luz amarillenta.

Algo más tarde, el cabello en desorden, jadeante la respiración, y las ropas arrugadas, Fernando Gardigan salió de la casa del periodista. Llevaba el paquete de cartas que representaba el honor de una mujer. Subió al auto y se dirigió a Long Island, deseoso de entregárselas cuanto antes a Constanza.

A las cuatro de la madrugada, la policía, contestando a una llamada del criado de Dickinson, comprobaba que el editor del "Diario de las Noticias" le había salido mal su último negocio.

Habían asesinado a Esteban Dickinson. Su cadáver reposaba en el despacho. El comisario de policía registró el aposento no encontrando fractura de muebles ni al parecer saqueo ninguno. Pero cerca de la chimenea,

descubrió un sobre arrugado, leyendo en él, escrito por mano de mujer, esta dirección:

"Señor Fernando Gardigan.—Calle 65th n.º 189. Nueva York."

Unas faldas por medio, como en el noventa y nueve por ciento de los casos. ¿Quién es este Fernando Gardigan?

Signió la investigación. Y como todas las sospechas recaían sobre Fernando, la policía procedió a la detención del joven, que se encontraba ya a aquella hora en su casa de soltero.

Los periódicos hablaron con gran interés y títulos retumbantes de aquel sensacional crimen.

Constancia y Nora, impresionadas, leyeron aquella noticia del diario:

A última hora ha sido detenido el rico clubman Fernando Gardigan, sobre quien recaen sospechas de que pueda ser el matador de Dickinson. Parece ser que anoche fué la última persona con quien habló, por cierto violentamente, el infortunado editor del "Diario de las Noticias". La única prueba hallada en el despacho del muerto es el sobre dirigido a Fernando Gardigan por una letra de mujer.

Constancia palideció. Y Nora, que había perdido su gracia risueña, mirando fijamente a su hermana, con los ojos extáticos en los que brillaba la luz de la tristeza, exclamó:

Constancia, ¿verdad que la mujer que escribió este sobre es la que mejor puede ayudarlo a él?

—Creo que no—replicó con voz débil—. Quizás complicaría más el asunto el saber que

Fernando iba en busca de las cartas de una mujer...

Entretanto, Fernando negaba rotundamente su intervención en el crimen: "Soy inocente, soy inocente"—repetía como un estribillo trágico.

A su regreso a Nueva York, dos semanas después, el magistrado Alfredo Grant supo que



Constancia palideció. Y Nora, que había perdido su gracia risueña...

había sido nombrado juez para presidir la causa contra Fernando Gardigan.

Nora quiso interceder por Fernando. Pero el magistrado no admitía recomendaciones, sacerdote puro ante el altar de la ley.

—A mí no me importa el interés que este

joven te inspira. ¡Te prohíbo que vayas a visitarlo! No puedo tolerar que un miembro de mi familia sea mezclado en este asunto.

Constancia suplicó a su voz:

—¿No serás clemente con él, Alfredo? ¡Ni siquiera si te lo pido yo?

—Perdóname, Constancia, pero nada puedo hacer en su favor. Mi mano no se moverá para desviar el camino de la ley.

Abandonó la sala y Nora envolvió a su hermana en cierta mirada misteriosa.

Pasaban los días trágicos de espera. Los periódicos comentaban con el mayor interés la próxima vista. El misterio no se aclaraba. Se había perpetrado el delito a las dos de la madrugada, según el dictamen forense, y Fernando aseguraba en su declaración haber salido de casa de Esteban a las diez y media. Tenía que explicar qué había hecho, pues, entre 10 y $1\frac{1}{2}$ y 2 de la mañana. Si era inocente, si efectivamente a la hora del crimen no se encontraba en la mansión de Dickinson, debía comunicar en qué había empleado aquel espacio de tiempo.

Peró Fernando se encerraba en el mutismo más absoluto. No quería hablar. Y la prensa forjaba sus cálculos. ¿Habría por medio alguna mujer a la que el procesado no quería mezclar en el proceso? ¿Aquella carta femenina encontrada en casa de Dickinson, no era una prueba concluyente?

Constancia y Nora seguían aquellas suposiciones de los periódicos. Nora melancólica, como si en sus labios apuntara siempre una pregunta, Constancia con cierta tranquilidad

que ocultaba en el fondo la tristeza de algo fatal.

Llegó el día de la vista de la causa. En la autosala de la audiencia tenía Fernando su último diálogo con su defensor:

—¿Pienso usted que se trata de su libertad, quizás de su vida? Yo sé que usted no lo mató, pero tiene que demostrármelo!



—Por Dios, Fernando, dé usted las pruebas ahora mismo, o se pierden sin remedio. (Pág. 23)

—¿No puedo demostrárselo...? Tendría que comprometer a una persona a la que no quiero perjudicar en lo más mínimo!

—Usted sabe que la autopsia demostró que el asesinato de Dickinson fué cometido dos horas antes de ser descubierto... es decir, a las

dos de la madrugada. Usted tiene que demostrar que desde las diez y media que se separó de él, no lo volvió a ver...

Pero Fernando seguía encerrado en su mutismo. Por nada ni por nadie diría lo que hizo después de las 10 y $\frac{1}{2}$. Y en ese ambiente de misterio, en que palpitaba la sombra de una mujer, comenzó la vista, presidiéndola el íntegro magistrado, esposo de Constanca, Alfredo Grant.

Perdidas entre el público, asistían a la causa, llenas de ansiedad, Nora y su hermana Constanca. Cada una en su interior se agitaba llena de negros pensamientos, y asaltaban con sus miradas al procesado, noble y digno, en una actitud serena de dolor...

Por espacio de dos días, el fiscal había ido acumulando lo que en lenguaje jurídico se llaman "pruebas circunstanciales".

Desfilaron los testigos, el criado del Club neoyorquino, la portera y la fregona que vieron discutir acaloradamente a Fernando con el asesinado. Todos declaraban contra el mu-chacho.

Nadie podía adivinar la tragedia que existía en el corazón de las dos hermanas Van Buren. Nora, de vez en cuando, contemplaba con una mirada de imploración a Constanca, y quizás había en ella el convencimiento de que, con una sola palabra, su hermana podría salvar al acusado.

—Por estas declaraciones de los testigos no pueden condenarlo, ¿verdad?—preguntó Nora a la esposa del juez, con voz vacilante.

—Solo Dios lo sabe—respondió Constanca

disimulando su turbación—. Su única salvación está en decir dónde se encontraba a la hora en que se cometió el crimen.

—¡No lo diré!—respondió Nora con energía—. Tú sabes que no lo diré... porque hay por medio la reputación de una mujer...

Constancia, herida por la mirada de su hermana que parecía escudriñar hasta el fondo de su alma, bajó los ojos...

Tocóle entonces declarar al criado de Fernando Gardigan, que a las preguntas del fiscal, contestó:

—No estoy muy seguro, pero creo que eran las tres y media o las cuatro cuando el señor Gardigan regresó a casa...

Sonrió el fiscal ante aquella última prueba concluyente. La cosa estaba clara. El crimen se había cometido a las 2 y el procesado regresaba a su casa a las 3 y $\frac{1}{2}$. Fernando aseguraba, en cambio, haber salido a las 10 y $\frac{1}{2}$ de la casa de Esteban. ¿Qué había hecho durante aquellas cinco horas? Guardaba silencio. Y era éste su mayor acensador.

Pasó por la sala el poder de los hechos incontestables. El defensor, desesperado, viendo la imposibilidad de Fernando, le suplicó:

—Por Dios, Fernando, dé usted las pruebas ahora mismo o se pierde sin remedio...

—No puedo—fué la contestación lacónica del joven.

Terminada la prueba testifical, el fiscal comenzó su informe:

—Señores jurados: es mi opinión...

Pero en aquel momento, Nora, que había dado una última y profunda mirada a Cons-

tancia, se levantó, y dirigiéndose a la Presidencia, dijo:

—Yo quiero hablar...

Por el público pasó la ráfaga emocionante de lo inesperado.

—Yo puedo decir dónde estaba el señor Gardigan a la hora en que se cometió el crimen...

El Presidente Alfredo Grant, viendo ante él a su cuñada, quedó atónito. ¿Qué iba a ocurrir allí? ¿Qué relación tenía aquella muchacha con el crimen? Pero esclavo del deber, servidor de la justicia, ordenó que aquella mujer, que en aquel momento le era indiferente, prestara declaración.

—Es la cuñada del Presidente... Es la cuñada del Presidente—Y la voz propagadora de los periodistas corrió por la sala, sembrando el estupor...

Fernando, con los labios crispados, contemplaba a Nora, asombrado, interrogante...

Nora, en el estrado, rogó se la permitiera hablar sin someterla a la tortura de un interrogatorio. Le fué concedido.

Y comenzó entre el silencio de los pechos en tensión:

Yo había escrito unas cartas íntimas a Fernando Gardigan, y Dickinson se apoderó de ellas. Después de cometido el robo, vino a verme Fernando. Yo estaba desconsolada, pero él me dijo: "No te preocupes. Yo iré a ver a Dickinson y te las traeré en seguida." Aquella noche, riñó con Dickinson en el Club... después lo siguió a su habitación, y al fin consiguió las cartas...

La joven tomó aliento. Alfredo la miraba con el semblante demudado. Allí entre el público, Constanza parecía agitada por una honda inquietud.

Nora continuó:

—Naturalmente, yo estaba nerviosa, hasta no conocer el resultado de sus gestiones... Me era imposible dormir... A las doce y media llegó Fernando a Long Island y me dijo: "Comprendí que estabas impaciente y he venido volando. En dos horas he hecho el camino." Salí, pues, a las diez y media de casa de Dickinson... Quemamos las cartas, y con el tiempo que invertimos en leerlas y destruirlas, se hizo la una y media... Fernando regresó a su casa de Nueva York, a la que no pudo menos de llegar que a las tres y media... Y esto es todo...

Nora calló; parecía vencida por un gran peso... La sensación aumentaba. La joven, a costa de su honor, salvaba al procesado. Alfredo sentía vergüenza.

Pero el fiscal, hombre ducho en ardides de abogado, creyendo que Nora habría podido realizar aquel acto para salvar a su amante, exclamó:

—Creo que no ha dicho usted la verdad. Escriba el nombre de Fernando Gardigan.

Nora le miró un instante... El fiscal tenía en su poder el sobre encontrado en la habitación de Dickinson. Con el cotejo de los dos escritos descubriría la verdad.

Nora, con una resignación de mártir, escribió el nombre. El fiscal fué a cotejar los dos papeles con aire triunfador, pero se le heló

la sonrisa en los labios. ¡Las dos letras eran idénticas, iguales, escritas por la misma mano!

Hubo un movimiento en la sala. Los corazones estaban prontos a estallar. Constancia palidecía... El Presidente inclinaba la cabeza, viendo patente la deshonra de su cuñada.

El defensor, ante aquella prueba que venía a salvar a Fernando, se apoderó de los dos papeles y los mostró a todos los individuos del jurado...

—La declaración de esa mujer es verdadera. Fernando es inocente...

Los hombres de la justicia popular contemplaron la similitud de las dos letras; y todos en su corazón proclamaron la inocencia del acusado.

Quedó terminada la causa contra Fernando, pero el Código Social iba condenar a la que, voluntariamente, acababa de presentarse como culpable.

Constancia, pálida como nunca, fué al encuentro de su marido y le dijo:

—Nora no ha querido esperarse y se ha marchado a casa.

Pero el magistrado sentía que un nudo estrechaba su garganta. ¡Aquella mujer le había deshonrado ante el mundo!

—Te prohibo que vuelvas a hablar con Nora —dijo severamente a su esposa.

—Es mi hermana, es casi mi hija, porque siempre he sido como una madre para ella, y voy a verla ahora mismo.

Y se alejó de allí, dispuesta a adorar a aquella hermana de tan noble corazón.

Entretanto Nora había llegado a su casa

y sólo tenía un deseo: no ver a nadie, no oír a nadie, imaginarse que estaba sola en un mundo desierto.

Había salvado a su hermana a costa de su reputación, de su vida honrada. Caída en un sillón, deseaba, como el mayor placer, la muerte. Llamaron por teléfono; era Fernando que, puesto en libertad, pretendía reunirse cuanto



Fernando contemplaba a Nora, asombrado, interrogante.

antes con su enamorada. Pero ella tiró un almohadón sobre el aparato, queriendo vivir aislada del mundo exterior. Pasaron las horas, lentas, interminables...

Alguien tocó el timbre de la puerta. Automáticamente, Nora fué a abrir. Y al encontrarse con Constancia quiso cerrar de nuevo,

pero su hermana, con la fuerza de sus brazos, dejó libre la entrada.

Entraron en un saloncito cercano y Constancia, maravillada por el sacrificio de Nora, exclamó:

—Nora, ¿por qué hiciste eso?

—Alguien tenía que hacerlo y como tú no parecías muy dispuesta a ello...—contestó.

—Nora... perdóname... tú no sabes...

¡Oh! ¿De qué pasta es la tuya, que ves que va a ser condenado el hombre que amas y estás sentada y tranquila, sin pronunciar la palabra que puede salvarle?

Constancia bajó la cabeza, reárida, implorante. En su corazón no había el suficiente valor para luchar.

—¿Crees acaso que tu reputación vale más que su vida?—insistió Nora con ademán severo. Tenía la majestad de una heroína de la historia.

—Escúchame, Nora—gimió Constancia—; yo quiero explicarte... No es lo que tú sospechas...

—Hice lo que hice, porque a pesar de todo, lo quiero a él y te quiero a ti... Ahora, vete, que yo no vuelva a veros nunca...

Lloraba con infinito desconsuelo, viendo naufragadas para siempre las ilusiones de su juventud. Su hermana, a la que quería tanto, le traicionaba íntegramente con Fernando Gardigan, el hombre que le había jurado amor a ella. ¡Oh! ¿Podía existir algo más repugnante?... Y para salvar a ellos, no había vacilado en acusarse, en presentarse como víctima a la voracidad del código social, dispuesto a des-

trozar reputaciones. ¿Por qué no morir enano antes?

Fernando, libre ya, llegó a la casa de Nora. Constancia fué a él, casi llorando:

—¡Por Dios, dígame la verdad, Fernando! La infeliz cree que usted y yo nos amamos.

Fernando sintió por Nora, que de tan inexplicable modo se había sacrificado por él, un



Hice lo que hice porque, a pesar de todo, lo quiero a él y te quiero a ti. Ahora vete, que yo no vuelva a veros nunca...

amor infinito. Habiera querido caer de rodillas y adorarla. Con voz emocionada, Constancia explicó su intervención en aquel asunto.

—Las cartas que yo escribí a Fernando,

durante un "flirt" de verano, datan de mucho tiempo... de antes de conocer a Alfredo...

El magistrado Grant había llegado en aquel momento a la casa y al escuchar voces prestó atención a lo que decían.

—Fué un *flirt* sin importancia y las cartas tampoco eran más que simples billetes de galantería. Claro está que en manos de Dickinson hubieran podido hacerme daño. Pero, desde mucho antes de casarme, te juro, Nora, que jamás hemos cambiado la menor palabra de amor.

El juez escuchaba asombrado aquella declaración de su esposa. ¡Dios mío! ¡Conque Nora se había sacrificado por el buen nombre de su mujer! ¡Alma santa! ¡Alma divina!

Nora pareció calmarse ante las palabras de su hermano.

—Pues... entonces... ¿es verdad que no os amáis?

—Te lo juramos, chiquilla. Yo sólo me debo a Alfredo. Pero, ¡ay!, él no comprende que vosotros dos protegáis mi nombre y el suyo a costa del vuestro.

El fiscal, emocionado, viendo recobrado el prestigio de su casada, al propio tiempo que comprendía que entre su mujer y Fernando no había ocurrido otra cosa que un momentáneo "flirt" en época de soltería, entró en el salón, y, abrazando a Nora, le dijo:

—Nora, hasta hoy he ignorado la cantidad de nobleza que hay en tu corazón...

La chiquilla cayó en sus brazos como una niña. Luego, Alfredo saludó a Fernando, que había podido demostrar su inocencia, y envol-

viendo con una mirada de amor a su mujer, salió de allí, dejando solos a Gardigan y a Nora.

Los dos muchachos se miraron. Fernando quería descubrir el enigma que no acababa de aclararse.

—Pero escucha, Nora—le dijo—, ¿cómo es que acertaste con la verdad?



—Pues entonces... ¿es verdad que no os amáis?

—La noche en que tú fuiste a nuestra casa de Long Island a llevarle las cartas a Constancia, aprovechando la ausencia de Alfredo que había salido a la pesca, escuché vuestra conversación... Entonces, para proteger a mi hermana, empecé a practicar su escritura, has-

ta llegar a imitar perfectamente su letra. Quería que el honor de mi hermana, casada, quedase siempre en salvo.

— Dime, Nora... ¿y todo eso lo has hecho solamente para salvar a tu hermana?

Ella sonrió con el aire ruboroso de una novia. Pero repentinamente su rostro sufrió una crispación dura. No sabía, al fin y al cabo, lo que había ocurrido aquella noche en casa de Dickinson. ¿Quién era el asesino del periodista? ¡Oh! ¿estarían tintas en sangre las manos de Fernando?

Fernando, adivinando la preocupación de Nora, le dijo:

— Lee esta noticia.

Ella tomó, temblorosa el periódico y leyó:
Ha sido detenido en el momento de salir esta edición, el criado de Esteban Dickinson, en cuyo poder se encontraban cinco mil dólares que se hallaban sobre la mesa del asesinado. Ante los policías que le interrogaron confesó su crimen. Esta noticia llegó al Tribunal mientras se celebraba la vista, y el elohman Fernando Cardigan fué absuelto.

¡Sí, Nora—acaré el enamorado—. Cuando tú te marchaste, después de declarar, se supo que había sido detenido el verdadero asesino. Ya nada puede hacernos daño. ¡Oh, Nora, corazón de oro... alma mía!

Y ella, mirándole, reclinó su cabecita sobre él y sintió en su boca el ardor cálido de un beso...

PRÓXIMO NÚMERO

AL EXTREMO
DE
BROADWAY

SU REVISTA PREFERIDA SERÁ

?? ??

EDITADA por

La Novela Semanal
Cinematográfica